

padres de la Tebaida, escritas por Rufino, hácense populares en Occidente, en donde maravillan las imaginaciones y excitan el misticismo: el Egipto aparece como la tierra santa de la vida cristiana. En uno de los diálogos de Sulpicio Severo, su amigo Postumiano refiere que acaba de pasar tres años en Oriente y que ha visitado los monasterios egipcios «á fin de ver cómo florece en ellos la vida cristiana y de observar la paz de los santos, las instituciones de los monjes y las maravillas que Cristo opera en sus servidores.» Sus oyentes galos escuchábanle ávidamente.

Casiano, de quien ya nos hemos ocupado como teólogo, contribuyó á fortalecer el éxito del monaquismo. Nació seguramente en el Sur de la Galia, visitó los conventos famosos de Oriente y á principios del siglo v fundó en Marsella dos monasterios, uno de hombres, el de San Víctor, y otro de mujeres, siendo considerado, gracias á sus piadosos viajes, como depositario de las tradiciones ascéticas. A instancias de Castor, obispo de Apt, escribió en 417 su tratado *De las instituciones monásticas*, en el que adaptó al uso de los galos las reglas del monaquismo oriental; en esa obra extraña parece ya que el ideal del ascetismo sea, no santificar y elevar al hombre, sino matar su personalidad, su inteligencia, su voluntad, su corazón. En las *Colaciones de los Padres del Desierto*, se ocupa más bien de la teología y de la moral monásticas; viene á ser este libro como la *Imitación de Jesucristo*, del siglo v, más árida, sin esos arranques del alma que constituyen la belleza de esta última, pero dominada también por la idea de la perfección religiosa y por la investigación de los medios para alcanzarla.

El impulso estaba dado. Honorato, oriundo de una noble familia pagana y convertido al cristianismo, de regreso de una peregrinación á Oriente, establecióse en la isla de Lerins, «entonces inculta, desierta é infestada de serpientes venenosas;» de todos lados acuden adeptos y se organiza el «campo de Dios.» De cuando en cuando, Honorato parte de Lerins y se va á conquistar á aquellos cuyo mérito conoce «y regresa triunfante trayendo su presa al desierto.» A veces le faltan los recursos, mas nunca le abandona la confianza. Un día da á un pobre la última moneda de oro que le queda y dice á sus discípulos: «Puesto que nuestra generosidad no tiene nada que dar, de fijo se acerca alguien que nos trae el dinero necesario.» En las intermediaciones, en las islas de Hyeres, se fundan otros conventos agregados á Lerins, que llega á ser el centro monárquico por excelencia. «Lerins, dice Eucherio, uno de los discípulos de Honorato, recibe en su caritativo seno á los que han escapado del naufragio del mundo tormentoso, y los acoge con solicitud agitados todavía por la tempestad del siglo, á fin de que se recobren bajo la sombra íntima de Dios.» Pero Lerins no los guarda á todos, sino que hace de ellos jefes de iglesias, habiendo salido de allí primeramente Honorato, que fué obispo de Arlés, Hilario que le sucedió, Eucherio, obispo de Lyon, Lupo, obispo de Troyes, Cesáreo, obispo de Arlés, Máximo y Fausto, obispos de Riez, y muchos otros.

En el resto de la Galia multiplicanse rápidamente los conventos: en Grigny, cerca de Vienne; en la isla Barbe, cerca de Lyon; en Reomé (Moutier-Saint-Jean); en Saint-Maixent (Poitou), etc. Pero, por mucha admira-

ción que excitaran las autoridades de los ascetas de Oriente, comprendióse que no era posible adoptar sin restricciones su género de vida. Ya algunos discípulos de San Martín, cuando les hablaban de las hierbas cocidas y del medio pan de cebada con que se alimentaba un solitario de Africa, contestaban sin rebozo: «Que un cireneo se contente con esto se explica porque está acostumbrado por la necesidad ó por la naturaleza á no comer; pero nosotros, galos, no podemos vivir como los ángeles.» El mismo Casiano reconoce que es preciso tener en cuenta las «diferencias de clima ó la debilidad humana.» Por otra parte, esos hombres que hacen profesión de desprenderse del mundo, á menudo vuelven á mezclarse con él, vanidosos y ávidos. Uno de los personajes puestos en escena por Sulpicio Severo, después de haber ensalzado las virtudes de los monjes egipcios, dice: «¿Quién de nosotros, si algún pobre le saluda, si alguna mujer le dirige un cumplido trivial, no se enorgullece en seguida? Aun cuando no tenga conciencia de su santidad, si alguien por adulación ó por error le trata de santo se considera como santísimo. Si le envían numerosos regalos, dice que Dios le honra con su liberalidad, puesto que durante su sueño le envía lo que necesita... Este, que no se distingue ni por sus obras ni por su virtud, si llega á presbítero se envuelve en sus hábitos, se pavonea cuando le saludan y se exhibe acá y allá; aquél, que iría á pie ó en un burro, hácese arrastrar orgullosamente por corceles cubiertos de espuma; el otro, que se contentaba con una estrecha celda, se construye una vivienda grande y magnífica... y pide, á guisa de tributo, á las estimadas viudas y á las vírgenes que son sus amigas, lujosas vestiduras.» Lamentase ya la relajación de la disciplina y se declara que es preciso castigar á los monjes rebeldes.

Desde muy pronto propagóse la afición á la vida religiosa entre las mujeres y entre las muchachas que quieren, «á imitación de las vírgenes prudentes, tener á Cristo por esposo.» En Tréveris alábase á una «hija de Dios» en su epitafio «por haber adorado á Dios todos los días de su vida y por haber observado en todos sus actos los preceptos del Salvador;» esta inscripción se puso merced á los cuidados de una de sus compañeras, Lea, que le profesaba afecto «por el lazo de la caridad y por el celo de la religión.» Fúndanse numerosos monasterios de mujeres y en 506 el concilio de Agde declara que no debe establecerse ninguno en la vecindad de los monasterios de hombres «para evitar las acechanzas del diablo.» Los jefes de la Iglesia tienen miedo á la mujer, predicán el desprecio de la belleza, de su encanto efímero: «la gloria de la carne se marchita como la flor campestre;» y exaltan la divinidad: «la virginidad es gloriosa, dice San Martín; el matrimonio es excusable.» De aquí que se procure romper las uniones y que marido y mujer entren cada uno en un monasterio. Para glorificar en el matrimonio el comercio de las almas emancipado del comercio del cuerpo, se inventan poéticas leyendas, como por ejemplo la de Rheticio y su esposa, que vivieron como hermanos. A su muerte, la mujer suplica al marido que más adelante se haga enterrar cerca de ella; Rheticio llega á ser obispo de Autún, y cuando muere, le conducen á la tumba en donde yace su esposa, la cual, según cuenta el hagiógrafo, le tiende la mano para recibirle.

El monaquismo tropieza, sin embargo, con muchas resistencias. A principios del siglo v, el galo Rutilio Namaciano, haciéndose intérprete del desdén de los paganos, se burla de esos hombres que huyen de la luz y trabajan para hacerse voluntariamente desgraciados. Entre los monjes y el episcopado la desconfianza es recíproca: Casiano aconseja á los primeros que eviten las mujeres y los obispos; y éstos, por su parte, se esfuerzan por extender su autoridad sobre los monasterios que procuran substraerse á ella. De este modo se acentúa entre el clero regular, es decir, sometido á las reglas monásticas, y el secular, que vive en el siglo, una rivalidad que con el tiempo irá aumentando y ocasionará numerosos conflictos. A pesar de todo, los monjes se multiplican, llenarán la Galia de conventos, penetrarán en las regiones más salvajes, y roturando tierras y creando á su alrededor aldeas, conquistarán al mundo bárbaro y la sociedad cristiana de la Edad media será en gran parte obra suya.

#### IX.—El culto y los fieles

Las ceremonias del culto público en la Galia en aquella época son bien conocidas. Domina en ellas, en el siglo v, una liturgia especial, la liturgia llamada galicana, que subsistió hasta los tiempos de Pepino el Breve, y en la que abundaban las fiestas: Navidad, la Epifanía, Pascuas, la Ascensión y la Quincuagésima, á las que se añadían las locales, porque cada región dedicaba á sus santos un culto particular. A fines del siglo v, Mamerto, obispo de Vienne, instituye las Rogativas, ó sea unas procesiones que se celebraban tres días antes de la Ascensión para impetrar la bendición del cielo sobre los campos.

Los grandes actos de la vida cristiana realizábanse por medio de formas diferentes, á veces, de las que hoy están en uso. El bautismo solemne sólo se celebraba por Pascua: los catecúmenos, conducidos al baptisterio é interrogados acerca de los artículos esenciales del símbolo, contestaban rezando tres veces el *Credo* y luego eran sumergidos tres veces en una piscina; después de una unción acompañada de la evocación del Espíritu Santo, recibían un vestido blanco, el obispo les lavaba los pies y asistían á la misa y por vez primera comulgaban. El matrimonio no era todavía un sacramento impuesto, pudiendo el fiel, á su voluntad, pedir la bendición de la Iglesia ó prescindir de ella. La Iglesia, por otra parte, adoptó los ritos del matrimonio pagano modificándolos é imprimiendo en ellos su sello, pero conservando el anillo, el velo nupcial y las coronas ceñidas á las cabezas de los esposos.

La Iglesia procura halagar las imaginaciones con el brillo de sus ceremonias: para luchar contra el arrianismo, San Hilario compone himnos que no han llegado hasta nosotros, y el culto se celebra en templos cuya arquitectura y cuyo decorado son atendidos con especial esmero y algunos de los cuales se construyen á expensas de monumentos antiguos. Obispos, presbíteros y laicos erigen basílicas, y aunque estos edificios han desaparecido, sábese cuáles eran su plano y su disposición: después de pasado un primer pórtico, penetrábase en un patio, *atrium*, descubierto, con pórticos en sus cuatro lados; y que por medio de un vestíbulo,

*narthex*, se comunicaba con la iglesia propiamente dicha dividida en tres naves por una doble serie de columnas. La nave de la derecha estaba reservada á los hombres, la de la izquierda á las mujeres, y la central se destinaba en gran parte al clero, á quien unas balaustradas separaban de los fieles. Dos *ambones* ó púlpitos servían para la lectura del evangelio ó de la epístola, y detrás del altar, de forma reducida, en el fondo del ábside, estaba el sitial, *cathedra*, á menudo de piedra, del oficiante. Cubría la iglesia un techo sobre el cual había un techado de doble pendiente, y muy cerca de ella estaba situado generalmente el *baptisterio*, edificio de forma circular ó poligonal (1). Algunos de estos templos eran notables por sus dimensiones ó por su decorado: en el que Paciente, obispo de Lyon, hizo construir en la colina que domina el Saona, el techo era dorado y mármoles multicolores adornaban el ábside, el suelo y las ventanas; el que Perpetuo erigió, en 472, en Tours, en el sepulcro de San Martín, llegó á ser el santuario por excelencia de la Galia.

Se han encontrado algunos de los cementerios cristianos que se utilizaron durante este período y en los siglos siguientes (2): el de Aliscamps (*Aelysii campi*), cerca de Arlés, fué tan célebre que más adelante la imaginación popular, asombrada del gran número de tumbas en él reunidas, quiso ver allí la sepultura de los guerreros de Carlomagno que murieron luchando contra los sarracenos; el mismo Dante hizo mención de él en el noveno canto del *Inferno*. Contábase durante la Edad media que el cementerio de San Seurin de Burdeos había sido consagrado por Cristo en persona; en él reposaban los difuntos más ilustres y más ricos en sarcófagos decorados con bajos relieves. Algunas veces los temas de ornamentación estaban tomados del arte profano; pero por lo general el artista reproducía escenas del Antiguo y del Nuevo Testamentos, por ejemplo: Noé en su arca, Jonás devuelto por la ballena, el paso del mar Rojo, los tres hebreos en el horno, los milagros de Cristo, etc. El estilo de los sepulcros es el mismo que el de los monumentos contemporáneos paganos, pero los asuntos, tratados de una manera muy sencilla y con muy pocos personajes, traducían, bajo una forma simbólica, las creencias y los dogmas á que más afectos eran los fieles.

Las inscripciones grabadas en estas tumbas ayudan á penetrar en el alma de los cristianos de aquella época; la frecuencia de ciertas fórmulas indica cuáles ideas les son caras. El muerto «redimido por la Pasión de Cristo» «descansa en paz en el Señor,» «espera gozoso el día del juicio,» «cuenta con la intervención de los santos» y «resucitará en Cristo.» Esta creencia en la resurrección, compendio de todas sus esperanzas, necesita el fiel defenderla contra todas las objeciones que pueden hacersele; el sacerdote, en sus sermones y en sus escritos, ha de repetirle que los miembros del cuerpo, aun los dispersos y destrozados por las fieras, se reunirán, y que el cuerpo renacerá como renace la naturaleza.

(1) Quicherat, *Mélanges d'archéologie et d'histoire*, tomo II, 1886. Enlart, *Manuel d'archéologie française*, tomo I, 1902. El origen y la forma de las basílicas cristianas han sido objeto de numerosos trabajos que no es posible dar aquí á conocer.

(2) El nombre de cementerio *κομητήριον*, sitio en donde se duerme, atestigua la creencia en la resurrección.

za en primavera, y para mantenerle en el deber recurre á las más terribles visiones y le describe ya el Juicio final tal como lo representará la Edad media.

De los epitafios desaparecen las enumeraciones honoríficas, tan frecuentes en las inscripciones paganas: con frecuencia tiene el fiel empeño en declararse «esclavo de Cristo»; se ensalzan las modestas virtudes del difunto, «Mameleubus vivió sesenta años en la humanidad y en la bondad;» alábase la castidad de una mujer, su fidelidad, su caridad y «todas las virtudes de que Dios quiso que estuviese dotada,» y hablando de una dama de noble cuna se dice que «fué activa, que le gustaba alimentar á los hambrientos y redimir cautivos, y que tuvo el alma santa.»

Sin embargo, no hemos de ocultarnos las miserias, los vicios, las supersticiones de la sociedad cristiana de aquel tiempo. A mediados del siglo v, Salviano se lamenta de la piedad superficial é hipócrita de sus contemporáneos, quienes juran, roban, son libertinos y borrachos y sus mujeres coquetas, hechos que sirven de argumentos á los adversarios del cristianismo; y si bien es cierto que Salviano es pesimista, no lo es menos que se encuentran esparcidos en otros documentos los rasgos que él reúne y acentúa. La misma religión complícase de día en día con elementos groseros; el diablo ocupa en ella un puesto cada vez más importante, apareciéndose sin cesar á San Martín y á sus discípulos, discutiendo con ellos, engañándoles y jugándoles malas pasadas; él es quien se introduce en el cuerpo de los poseídos, de los energúmenos, y el fiel espantado se figura que todo el aire está poblado de demonios. En lo sucesivo y durante luengos siglos, la humanidad vivirá bajo el peso de tan extraños terrores.

La devoción multiplica las precauciones contra estos peligros de que el hombre se cree rodeado, organizándose entonces el culto de los santos. Los que mueren quieren descansar junto á las tumbas de éstos á fin de beneficiarse de sus méritos y de envolverse en su protección, y es en vano que los concilios combatan este abuso. Los devotos, ávidos de reliquias, arrancan las franjas del vestido de San Martín y se las colocan en el dedo ó en el cuello en la creencia de que expulsan las enfermedades; y cuando se da sepultura á Honorato, su cuerpo queda poco menos que desnudo, pues todo el mundo quiere tener un pedazo de sus ropas. Por todas partes se ven mártires: en los alrededores de Tours hay un sepulcro que se dice contiene restos sagrados y sobre el mismo se erige un altar; pero San Martín, que no se fia de aquel culto, descubre que el que es objeto del mismo había sido un bandido condenado á muerte y ejecutado por sus crímenes. Y no bastando los santos del país, salen largas peregrinaciones para Roma, Egipto y los Santos Lugares; en el reinado de Teodosio, una ilustre dama gala, Silvia, dirígese á Palestina y escribe un itinerario de su viaje, que ha sido recientemente descubierto.

Estallan multitud de protestas contra este culto material. El presbítero galo, Vigilancio de Calagurris, formuló, á principios del siglo v, objeciones que sólo conocemos por un violento folleto de San Jerónimo: «El paganismo, dice, renace y penetra en los templos;» burlase del culto de las reliquias y de la creencia en la intervención de los santos; quiere que en vez de en-

viar limosnas á Jerusalén, la gente se preocupe de socorrer á los pobres del país; censura la continencia que se quiere imponer á los sacerdotes y se alarma ante los progresos del monaquismo. «Si todo el mundo se encierra en claustros, ¿quién celebrará el culto, practicará la caridad y exhortará á los pecadores á la virtud?» Muchas personas ilustradas se espantaban del politeísmo cristiano que se formaba sobre las ruinas del politeísmo pagano.

#### X.—El cristianismo y el Imperio

La sociedad cristiana constituye en el Imperio desorganizado un Estado cada día más poderoso. ¿Deseó esta sociedad, ó preparó voluntaria ó involuntariamente la caída de este Imperio?

Antes de Constantino, los sentimientos de los cristianos respecto del Imperio hállanse determinados por diversos móviles: fieles á la máxima de Cristo: «Dad al César lo que es del César,» oran por los que les gobiernan, y sus apologistas declaran que el emperador no tiene súbditos más leales que ellos; esto no obstante, procuran eludir el servicio militar y los cargos públicos y declaran en alta voz delante de los magistrados, que el cristiano no tiene familia ni patria. Uno de sus más perspicaces adversarios, Celsio, en su *Discurso verdadero*, podía acusarles «de poner al mundo en peligro de ser presa de los bárbaros más salvajes y más rudos (1).» Con su abstención, con su apartamiento de la cosa pública, los cristianos contribuyeron, en cierta medida, al debilitamiento del Imperio en el siglo III.

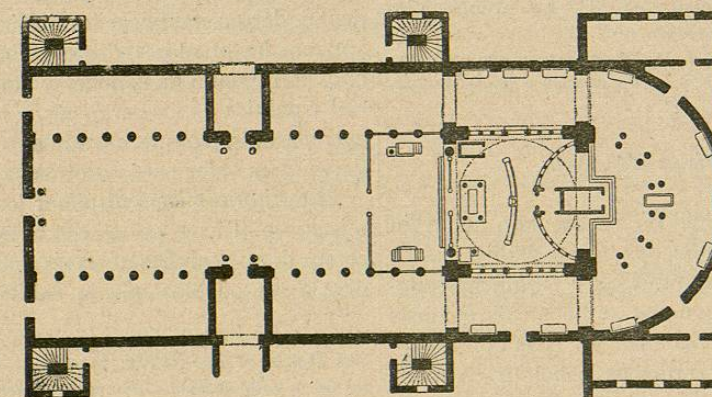
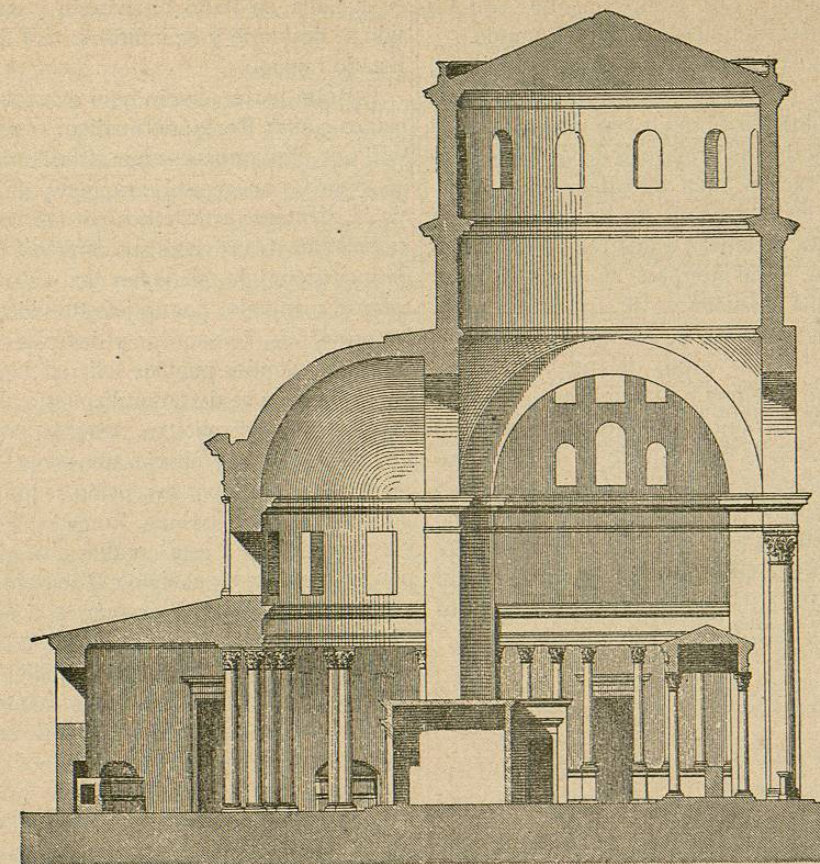
En el siglo IV la situación había variado, pues habiéndose hecho cristiano el Estado, el interés de la Iglesia fué, en lo sucesivo, sostenerlo. Así lo declaran á menudo sus doctores, y Lactancio, por ejemplo, fiel á las orgullosas tradiciones por Virgilio immortalizadas, considera que los destinos del mundo están ligados á los de Roma. En adelante, el ejército, el Senado y la administración se reclutan lo mismo entre los cristianos que entre los paganos; los obispos no apartan de aquellas instituciones á los fieles, y también ellos se ocupan de los públicos negocios, mezclándose en las luchas de la ciudad terrenal y queriendo gobernarla, á fin de asegurar el triunfo de la ciudad de Dios.

Su acción, empero, tropieza en este punto con obstáculos y hasta con resistencias. Como en los siglos anteriores, la idea del fin del mundo persigue todavía á muchas almas piadosas: San Martín anuncia la venida de Nerón y del Anticristo; aquél dominará en Occidente y perseguirá á los cristianos; éste reinará en Oriente, se hará adorar como Cristo y luego matará á Nerón y será amo del universo hasta la llegada del Salvador. «El Anticristo ya ha nacido, crece y espera el momento de hacerse dueño del poder;» siendo esto así, ¿por qué interesarse activamente por los destinos de un imperio caduco cuyos días están contados? ¿No es mejor vivir en la paz y en la oración? Paulino de Nola escribe á un noble que sirve al emperador invitándole á que

(1) Aubé, *La polémique païenne à la fin du II<sup>e</sup> siècle*, 1878, págs. 386 y siguientes. Le Blant, *Le détachement de la patrie*, memoria leída en el Instituto en 1872. Guiraud, *Les assemblées provinciales dans l'empire romain*, 1887, págs. 238 y siguientes. Sin embargo, no debe atribuirse á los cristianos una parte excesiva en la despoblación de las curias en el siglo III.

entre en el servicio de Cristo: «ser soldado, ser funcionario es exponerse á un castigo divino; es preciso evitar el matrimonio y la familia,» cuidados tan espinosos como inútiles; no basta ser piadoso, sino que el buen cristiano debe retirarse del mundo: he aquí lo que en-

arriano, persigue á sus adversarios, quienes le corresponden con la injuria y la amenaza, con lo que el poder imperial, ya tan debilitado, pierde todavía algo de su autoridad. A raíz de estas luchas, Sulpicio Severo, en sus crónicas, censura á los hebreos que reclamaban de



Sección y planta de la basílica de San Martín en Tours

señaba un santo en los momentos en que el Imperio se despoblaba y en que los bárbaros le amenazaban por todas partes. Los progresos del monaquismo propagaron estas ideas; por esto le son hostiles algunos emperadores cristianos: Valente, en una ley, habla colérico de esos «holgazanes que para substraerse á los cargos municipales se refugian en los desiertos y en las soledades.»

Por otra parte, las relaciones más íntimas entre la Iglesia y el Estado y la intervención de los emperadores en los asuntos eclesiásticos son nuevos elementos de perturbación. El emperador, según sea católico ó

Samuel el restablecimiento de la monarquía. «El pueblo, dice, pedía este nombre real, siempre odioso para los pueblos independientes, y deseaba trocar la libertad por la esclavitud (1).» Y comentando el libro de Daniel, reconoce en el Imperio romano el coloso de hierro con pies de barro: «En efecto, el Imperio romano está gobernado no por un emperador, sino por varios siempre divididos entre sí por la guerra y las rivalidades;» está compuesto de elementos heterogéneos, «puesto que ve-

(1) Sulpicio Severo, *Chronica*, I, 32, 3. Véanse las reflexiones de Bernays, *Über die Chronik des Sulpicius Severus*, en sus *Gesammelte Abhandlungen*, 1885, tomo II, págs. 117 y siguientes.